

filósofo independiente” del libro. Ambas escuelas, la de Madrid y la de Barcelona, con la excepción de Ramón Xirau, permanecieron incomunicadas en el ámbito de la Filosofía.

Sin embargo, hubo pensadores y filósofos exiliados que no formaron parte de estos dos grupos, siguiendo su propio itinerario, elaborando reflexiones singulares e independientes, puede pensarse en José Medina Echavarría, Manuel García Pelayo, José M. Gallegos Rocafull, Luis de Zulueta, Augusto Pescador, Castor Narvarte y un largo etcétera del cual da cuenta Abellán en “La filosofía política social, política religiosa y política jurídica”, sexta y última parte. Aquellos que se dedicaron al socialismo español en el exilio están comprendidos en el apartado “Socialismo y marxismo”: Fernando de los Ríos y Luis Ariquistain, además de una sección dedicada exclusivamente al marxismo crítico de Adolfo Sánchez Vázquez. En el “Pensamiento delirante”, cuarta parte de la obra, el autor analiza a pensadores de rara filiación, entre ellos Juan Larrea, José Bergamín y Eugenio Imaz.

Dentro del conjunto de la emigración, se calcula en cinco mil el número de intelectuales que salieron de España, entendiendo por tales todos aquellos que tuvieran cierta notoriedad en profesiones liberales, artísticas, literarias, científicas o docentes. Una manera de obtener una ligera idea de la importancia humana, histórica e intelectual de este exilio, que Abellán denomina emigración, es un simple repaso a la lista de los principales componentes de la misma en cada uno de sus campos. He aquí

nombres de historiadores, poetas y músicos recogidos un poco al azar. Entre los historiadores, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga, Rafael Altamira, Javier Malagón, Pedro Bosch Gimpera, Vicente Llorens. Entre los poetas, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Luis Cernuda, Rafael Alberti, León Felipe, Emilio Prados, Juan José Domechina, José Moreno Villa y Manuel Altolaguirre. Y entre los músicos de fama mundial: Manuel de Falla y Pau Casals.

En esta obra de José Luis Abellán, *El exilio filosófico en América. Los transterrados de 1939*, resulta de interés encontrar nombres de exiliados republicanos que contribuyeron al mejoramiento de la sociedad mexicana por medio de sus obras, actividades docentes e iniciativas sociales y culturales. El lector no se arrepentirá de leerla, sino que volverá a ella como medio de consulta.

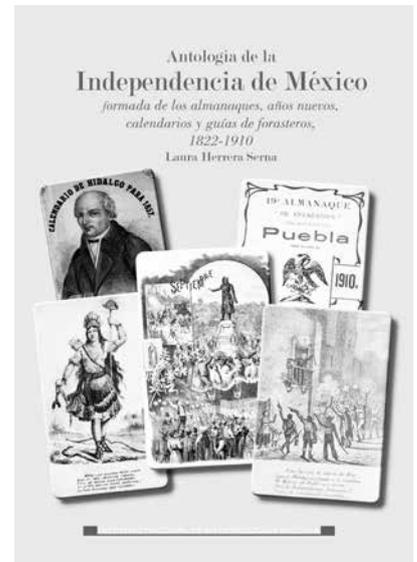
## Años nuevos, calendarios y guías de forasteros,

Beatriz Lucía Cano Sánchez\*

Laura Herrera Serna, *Antología de la Independencia de México formada de los almanaques, años nuevos, calendarios y guías de forasteros, 1822-1910*, México, INAH (Historia, Serie Enlace), 2012.

Desde hace algunos años, Laura Herrera Serna emprendió un pro-

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.



yecto que buscaba crear un catálogo analítico y sistematizado de dos de los fondos bibliográficos más importantes del país que se encuentran en custodia del INAH: el de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, ubicado en el Museo Nacional de Antropología e Historia, y el de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra, resguardado en el edificio de la Dirección de Estudios Históricos. Uno de los primeros frutos de este esfuerzo fue la publicación de una recopilación de 58 artículos y 30 ilustraciones sobre la Independencia, los cuales aparecieron en publicaciones periódicas anuales como almanaques, años nuevos, calendarios, diarios y guías de forasteros. Los materiales que se ofrecen en la *Antología de la Independencia* fueron editados entre 1822 y 1910. Herrera menciona que el objetivo de su compilación es mostrar, por un lado, que las formas y los géneros reflejaban las tendencias ideológicas o partidistas en que se produjeron y,

por el otro, que las transformaciones en los contenidos cívicos constituyen una expresión identitaria del país con respecto al contexto internacional. A través de los artículos se puede constatar la labor de los editores de la ciudad de México, quienes buscaban educar al pueblo para que obtuviera plena “ciudadanía”, es decir, que actuara conforme a las leyes y conociera cuales eran sus derechos y obligaciones.

La autora explica que compiló su información de los calendarios, almanaques, diarios, años nuevos y guías de forasteros debido a que éstos, sobre todo los calendarios, constituyeron la “literatura popular” por excelencia en el México del siglo XIX y de las primeras décadas del xx, de tal forma que este tipo de publicaciones se convierte en una veta excepcional para entender la manera en la que se difundió un determinado tipo de cultura, de conocimiento y de ideología, motivo por el que no debe sorprender que en sus títulos se reflejaran, en ciertos momentos, las luchas políticas que se llevaban a cabo entre las distintas facciones. La popularidad de este tipo de publicaciones era producto de su bajo costo y del hecho de que en ellas colaboraban las personalidades literarias de la época. Así, por ejemplo, Laura Herrera encontró trabajos de José Joaquín Fernández de Lizardi, Domingo Revilla, Juan Díaz Covarrubias, Manuel Payno, Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio y otros escritores más. En gran medida, el alcance de estas publicaciones son gracias a que en la década de 1840

se produjo un auge de la empresa editorial propiciado por varios factores: la apertura del comercio, la facilidad de importar imprentas, la variedad de productos tipográficos y la presencia de empresarios que tenían una mentalidad moderna.

Las publicaciones periódicas que se presentan en la *Antología* tuvieron distintas condiciones de desarrollo. De acuerdo con Herrera, los calendarios comenzaron a circular desde el siglo XVI, pero sería en el XIX cuando alcanzarían su mayor auge, a causa de la divulgación de las ideas políticas. Estos impresos serían sustituidos por los cromos. Los almanaques compartían ciertas características con los calendarios, pero fueron evolucionando hasta convertirse en enciclopedias o libros de consulta. Las guías de forasteros también guardan un estrecho vínculo con las peculiaridades del calendario. La primera guía fue publicada en 1753 por Felipe de Zúñiga y Ontiveros, quien buscaba informar sobre la organización religiosa, política, civil y militar de la ciudad de México, así como de sus instituciones, estadísticas y servicios, hasta llegar el momento cuando se les da el calificativo de turísticas. Los años nuevos empezaron a circular en 1837 y su primer editor fue Mariano Galván. Las obras estaban planeadas para que fueran duraderas y un conducto de la producción literaria contemporánea. Así, las obras podían leerse y guardarse para ser utilizadas en ocasiones posteriores. Este tipo de publicaciones desaparecerían con el transcurso de los años. La información recopilada fue

dividida en varios rubros; por ejemplo, de “Biografía” tiene seis artículos: uno dedicado a José María Morelos, uno a Vicente Guerrero y cuatro a Agustín de Iturbide, algo que llama la atención es que no se encuentra ninguna biografía de Miguel Hidalgo, quien es nombrado como el padre de la patria.

Es importante recordar que en el siglo XIX las figuras de Hidalgo e Iturbide fueron utilizadas como banderas políticas de los grupos en el poder, razón por la cual se ponía mayor énfasis en las hazañas de cada uno y se trataba de excluir al otro. En algunos momentos Hidalgo tendría preponderancia sobre Iturbide y de la misma manera Iturbide sobre Hidalgo. Algunos autores, sobre todo en la década de 1840, trataron de presentar una visión integral de la Independencia, en la cual cada uno de los personajes no se explicaba sin el otro. Sin embargo, el triunfo de los liberales sobre el Imperio, en 1867, propiciaría que Hidalgo se convirtiera en la figura central de la guerra de Independencia y ocupara el pedestal más alto en el altar de la patria; desplazando la figura de Iturbide al bando de los traidores de la nación. En este contexto, llama la atención que las biografías de Iturbide lo presentaran como el gran artífice de la Independencia, tal vez por el hecho de que en los años en que se publicaron los trabajos imperaba una visión integradora de la guerra de Independencia. Así, en el *Calendario de J. M. Lara para el año de 1839, arreglado al meridiano de México. Primer*, se mencionaba que Iturbide, desde el mismo comienzo de la guerra de In-

dependencia, tenía el deseo de liberar a su patria y si había combatido a los insurgentes, se debía a que consideraba que ellos no entendían que la insurrección debía tener como fin la Independencia, sino que sólo buscaban destruir y devastar. Subrayando que el mayor éxito de Iturbide había sido el plan de Iguala, pues constituía una “obra de inteligencia y sabiduría”.

En el *Calendario de Galván* de 1840 se advertía que si bien no existía una manera de justificar su conducta en la defensa del partido que había abrazado, debido a que había incurrido en actos inclementes, injustos y vejatorios, no se podía negar que la Independencia de México había sido consecuencia de su “sagacidad política” y de su gran “talento de combinación” para reunir los intereses de todos los grupos. Un aspecto que el autor de la biografía resalta es que Iturbide no buscara “enseñarse” (*sic*) de su obra, sino que, por el contrario, sucumbió ante ella. En el *Calendario de A. D. Solórzano, para el año de 1851. Segundo* se incluyó una biografía escrita por Bernardina M. Lueme, quien se dedicó a defender al personaje de aquellos “hombres injustos e inconsiderados”, que lo presentaban como “la persona más mal inclinada, como a la más ignorante, viciosa, cruel y sanguinaria, destructora y destituida de todo sentimiento de honor, de patriotismo y de humanidad”. Ella manifestaba que era el momento preciso para que sus “irreconciliables enemigos” dejaran de acusarlo y lo reconocieran como el “libertador de los mexicanos y padre

de la independencia”. Lueme insistía en que los mexicanos debían reconocerlo como el libertador de la patria y bajo sus ideales se debía execrar a quienes buscaban la anexión a Estados Unidos. En ese tenor, no debe sorprender que terminara su artículo preguntándoles a sus lectores si “¿Seréis indiferentes a la suerte que os preparan y quieren legar a vuestros hijos?”.

La biografía revelaba que las heridas todavía se encontraban frescas, pues se debe recordar que apenas habían pasado tres años de la intervención estadounidense, cuyo resultado había sido la pérdida de la mitad del territorio. Es evidente que la autora apelaba a la figura de un hombre fuerte que lograra sacar a la nación del marasmo en que se encontraba, y que las luchas ideológicas no conducirían a ningún puerto seguro. La posibilidad de ser anexados, en su totalidad, por Estados Unidos se hace visible en el discurso, así como también la importancia de lograr la unidad nacional. A diferencia de las biografías, en las poesías recopiladas por Herrera se observa que Miguel Hidalgo es el personaje que recibió mayor atención, pues diez de las 26 poesías que se publican están dedicadas a este personaje. El resto de las poesías se referían a José María Morelos (cinco), Agustín de Iturbide (cuatro), la Patria (tres), la Virgen de Guadalupe (dos), Ignacio Allende (una) y Josefa Ortiz de Domínguez (una). Entre los autores de las poesías se encontraban escritores como Juan Díaz Covarrubias, Francisco Granados Maldonado, Eduar-

do Gómez Haro, Vicente Riva Palacio, Ignacio Pérez Salazar, Federico Escobedo y Tinoco, Francisco Neve, José María Bustillos, Ignacio Rodríguez Galván y Mariano Bejarano. Algunas de las poesías son de una gran manufactura y reproducen las ideologías políticas de sus autores. Así, por ejemplo, en el poema intitulado “A la libertad”, de Juan Díaz Covarrubias, publicada en *Calendario de Hidalgo para el año de 1858. Arreglado al meridiano de México*, se presenta a Hidalgo como el “anciano” que conduce a su pueblo en su búsqueda de libertad, tal como se observa en las siguientes estrofas:

Reinaba aquí un silencio  
tristísimo y profundo,  
Las brisas remedaban lamentos al  
pasar...  
Cuando el mismo polvo de  
esclavitud inundo  
Miraron de un coloso la frente  
levantar...  
¡Oh anciano de Dolores! Si allá tras  
el planeta  
Donde gira ese mundo de dichas y  
virtud,  
Se escuchan mis cantares perdidos  
de poeta,  
Recoge mis suspiros de amor y  
gratitud.

“¡Ay del monarca que en la suerte  
fia  
Y oprime al pueblo con sangrienta  
mano  
Sin escuchar el ¡ay! De su agonía  
Viviendo al par de su placer  
liviano.

¡Ay del monarca cuando llegue el día  
 En que ese pueblo grande y soberano  
 Recuerde la amargura de sus penas  
 Y estrelle contra el trono sus cadenas!

El poeta juega con la idea de la opresión y la esclavitud que son destruidas por el héroe, pero también se enfatiza que el pueblo es capaz de acabar con los monarcas que no escuchan sus necesidades. La presencia de la palabra soberanía constituía un indicativo de la tendencia política del autor, quien creía que las monarquías desaparecerían para dar paso a las repúblicas, sistema político que en México se llevaba a cabo por lo que ya no era posible el establecimiento de un imperio. La poesía enmarcaba la guerra civil que envolvió a liberales contra conservadores, quienes postulaban la necesidad de establecer un sistema político distinto: el de la monarquía. Una visión parecida es retratada en la "Octava" de Francisco Granados Maldonado, publicada en *Calendario de Hidalgo para el año de 1857. Arreglado al meridiano de México*, quien decía:

Al tremolar Hidalgo su bandera,  
 La América infeliz alzó su frente;  
 Tembló de espanto el déspota insolente;  
 Del fanatismo apagó la hoguera.  
 La ciencia entonces levántose ufana,  
 Del error disipando la neblina,  
 Cual la luz de la aurora peregrina  
 Cuando trae en Oriente a la mañana.

Los blasones aztecas levantaron  
 Otra vez sus escudos esplendentes,  
 Y los hijos de México valientes,  
 Libres delante del mundo se llamaron.

Al igual que Díaz Covarrubias, Granados presentaba a un héroe que vencía al despotismo que oprimía a los "valientes" hijos de México. En este caso, el poeta utiliza la contradicción como una manera de evidenciar los valores que enarbolaban los bandos políticos que se encontraban en lucha. Así, al fanatismo se oponía la ciencia, al error la luz, al despotismo la libertad, a la esclavitud la libertad. La mención de lo indígena, representado en los aztecas, evidenciaba la existencia de un pasado glorioso que debía ser rescatado en la lucha que se preparaba a futuro y que tendría que llevar al triunfo de una de las facciones políticas: la liberal que, desde su perspectiva, constituía la esencia del país. En "Hidalgo", poesía de la que no se conoce el autor y que apareció en el *Calendario de Hidalgo para el año de 1857. Arreglado al meridiano de México*, se mencionaba:

"Permite que te nombre  
 Mi labio con asombro,  
 Excelso padre que le diste un día  
 Vida a la libertad bajo el escombros  
 De esclavitud horrible;  
 Permite que sensible  
 De adoración suspiros te consagre  
 El lacerado pecho.  
 ¡Hidalgo! Desde el éter  
 Sobre sus ejes de macizo oro  
 El sol jamás mirará,  
 Un hombre hasta la altura

A que te alzaste tú, otra criatura  
 A tan alto llegar no les es posible"

La composición enfatizaba la idea de Hidalgo como el padre de la patria, pues era él quien había logrado liberar al país de la esclavitud "horrible" en la que se encontraba, motivo por el que se le debían prodigar numerosos elogios. Es de destacar que se le concibía como la figura central de la historia moderna de México, idea que reflejaba que el autor era partidario del liberalismo y que, al igual que otros de sus contemporáneos, fincaba el nacimiento del país en el grito de Dolores. La afirmación de que nadie más que Hidalgo "a tan alto llegar no les es posible" contribuía, de alguna manera, a empequeñecer a Iturbide, pues sin mencionarlo se le desplazaba del altar patrio. Un poema que resulta peculiar es el denominado "El grito del aniversario", cuyo autor se desconoce y que fue publicado en *Calendario liberal, arreglado al meridiano político de la federación para el año de 1852. Primer. Por el licenciado Don Liberato Garabato Panzocola. Defensor y abogado del pueblo*, en el que se decía:

El majestuoso estallido  
 El repique soñoliento  
 De las campanas, y el frío  
 Os anuncia, mexicanos,  
 De la aurora el grato brillo.  
 Poned los huesos de punta;  
 Sus, que a gozar os convidó.  
 ¡Jesús! ¡que lucida tropa  
 Terror del yankee enemigo;  
 De las huestes de Morelos  
 Son veteranos preciso,  
 Ca responden cien vecinas

Si son tropas de improviso.  
Allí va ñor Juan el sastre  
Y el carpintero Perico...  
Más nada importa que en México  
Todos son todo de un brinco.  
¡Oh! que trajes tan vistosos  
¡Que ejército tan invicto!  
Más siendo soldados gratis  
Gratis será su vestido.

En este caso, se utilizó el grito de Independencia, desde un tono burlesco, para mostrar las deficiencias del país en materia militar. La alusión a los *yankees* denotaba que las heridas de la guerra de 1847 seguían abiertas y que a pesar de los acontecimientos pasados no se había logrado cambiar la situación, pues el ejército estaba formado por soldados de “improvisó”, es decir, hombres que fueron tomados de leva. Un ejército en el que los soldados carecían hasta de ropa no podía salir victorioso y menos derrotar a los estadounidenses, situación que se explicaba cuando se tomaba en cuenta que en México “son todo de un brinco”. Como se mencionó antes, las poesías dedicadas a Iturbide son escasas. En la intitulada “Iturbide”, de la cual no se conoce el autor y fue editada en *Calendario de Iturbide para el año de 1857. Arreglado al meridiano de México*, se indicaba:

Empero pues, bajo tu rico manto  
América querida,  
Veré tu semblante de paloma;  
Y con la frente erguida  
Al hijo cantaré que amaste tanto.  
¡Salud por vez segunda  
A ti, grande Iturbide!  
A ti que de lo eterno te fue dada,

La predestinación que el hombre  
ignora,  
A ti que el rango de altísima señora  
A la esclava elevaste,  
Que tres siglos gimiera  
abandonada.

El poeta atribuía a Iturbide los mismos rasgos que los poetas anteriores otorgaron a Hidalgo, a saber el héroe que logró liberar a una patria que había sido oprimida durante tres siglos. Sin embargo, el autor le concedía a Iturbide el papel de predestinado, con lo que de manera implícita se le concedía mayor importancia que a Hidalgo, pues él había sido el verdadero libertador del país.

En la recopilación se presentan cinco narraciones históricas de las que tres estaban dedicadas a Iturbide y no existe ninguna para Hidalgo o algún otro insurgente. Entre las narraciones de Iturbide resulta de interés la de 1848, que fue publicada por D. Revilla en el *Año Nuevo. Presente amistoso dedicado a las señoritas mejicanas*. El autor presentaba al personaje como un “genio” que, por diversas causas, no había logrado completar la obra de la Independencia del país. Él había preferido abdicar antes que comprometer a la patria, situación que evidenciaba su dignidad, pues prefirió el bien del país antes que favorecer su amor propio. El autor estaba convencido de que si Iturbide hubiera precedido a Hidalgo y Allende, su celeridad sería mayúscula aunque reconocía que en lo moral era menor que los dos personajes anteriores. Sin embargo, era

igual o superior a Aldama, Abasolo, Jiménez y otros más. Lo peculiar del escrito de Revilla es que hizo un ejercicio de comparación de las virtudes de Iturbide con respecto a otros personajes, con la intención de enfatizar sus virtudes. Así, afirmaba que como militar superaba a la mayoría de los insurgentes, pues tenía la resolución e inteligencia de Hidalgo; la capacidad de Allende, Abasolo, Matamoros, Ascencio, Negrete, Márquez Donado y Buce-lli; el valor de los Bravo, Cortázar, Filisola y Herrera; la sangre fría de Nicolás Bravo, Loaces y Bustamante; el arrojo de Galeana y Mina; la capacidad política de Parres, Apodaca y O’Donoju; y la constancia de Guerrero y Victoria.

A este personaje los independentistas le tenían respeto y los realistas lo odiaban a causa del “temor”, “despecho” y “odio” que le tenían. Se podrían cuestionar sus acciones en la guerra, pero el acto de liberar al país en 1821 bastaba para “purificarlo”. Al autor no le quedaba la menor duda de que Iturbide era el “general verdaderamente nacional que ha tenido México”, debido a que era un “hombre de acción” y de rápidas decisiones en “el gabinete y en el campo de batalla”, lo que ocasionó que todas sus empresas se vieran coronadas por el éxito. En la recopilación se presentan narraciones de tono romántico que fueron escritas, algunas de ellas, por personajes como Guillermo Prieto, Pablo Jesús Villaseñor, Eduardo Emiliano Zárata, N. Navarro, Manuel Payno y José Ramón Pacheco. También se incluye un drama, un discurso, un sermón

y una editorial. El corpus de narraciones, poesías, biografías y discursos que Laura Herrera conjunta en su *Antología...* constituye una fuente importante y original para revisar la producción escrita, en el siglo XIX, sobre la Independencia de

México. Es digno de elogio el esfuerzo de la autora, pues reproduce materiales a los que no se tiene fácil acceso y pueden ayudar a delinear la manera en que se difundió y construyó un imaginario popular de la guerra de Independencia, y en es-

pecífico de las figuras centrales de la contienda: Hidalgo e Iturbide. Estos dos personajes se convirtieron en estandarte de los grupos políticos y la glorificación de uno, representaba la depreciación del otro.

Revistas del INAH

